

SÁTIRA SEXTA DEL LIBRO PRIMERO.

No porque de los antiguos
 Lidios descienes, Mecenas,
 Que ocuparon la Toscana,
 Ni porque en tu alcurnia cuentas
 Mil gloriosos generales
 Que mandaron en la guerra,
 Tanto de materna parte
 Como de parte paterna:
 No por eso digo, como
 Otros de inferior ralea
 Suelen hacerlo, la pobre
 Y humilde gente desprecias,
 Cual yo soy, de un libertino
 Nacido en cuna grosera.
 Persuádeste que no importa
 Fuese mi padre quien fuera,
 Si yo soy bueno y honrado,
 Y muy justamente piensas
 Que antes del reino de Tullo
 Hombres de muy baja esfera
 Llegaron á ser famosos
 Por sus cargos y sus prendas.
 Por el contrario, á Levino,
 Aunque de sangre Valeria
 Que á Tarquinio la corona
 Le quitó por su soberbia;
 A Levino, digo, en poco
 Aun el vil pueblo lo aprecia:
 El pueblo, que sabes bien

Cuán fácilmente se deja
 Llevar de títulos y armas,
 De estatuas y de consejas,
 Y tantas veces á indignos
 Honores grandes acuerda.
 ¿Qué habremos, pues, de pensar
 Los que á la plebe grosera
 Miramos desde tan alto?
 Mas bien: doy que el pueblo quiera
 Engrandecer á Levino,
 Y no, por familia nueva,
 A Decio, y que Apio el censor
 Es quien las teclas menea.
 ¿Qué importa si mal nacido,
 Que me estire y me hinche es fuerza
 Adonde mi piel no alcanza?
 Tal vez atrailladas lleva
 La Gloria en su carro ufano
 Con la plebe la nobleza.
 ¿De qué, Tulio, te sirvió
 Tomar la insignia depuesta
 Del clavo ó del tribunato,
 Sino de dar más materia
 A la envidia, que á un privado
 Menos perniciosa asesta?
 Verás que luego que alguno
 Se calza hasta media pierna
 La negra bota, y que al pecho
 El ancho clavo presenta:
 ¿Qué hombre es éste? dicen todos;
 ¿Qué familia? ¿Qué ralea?

Como cuando alguno da
 De Barro en la necia tema
 De que es galán y buen mozo,
 Do quiera que ver se deja
 Incita á que las muchachas
 Le observen con diligencia;
 Qué cara tiene, qué pelo,
 Qué pie, qué dientes, qué pierna.
 Así aquel que: « Ciudadanos,
 Dice con la voz muy hueca,
 La Ciudad queda á mi cargo,
 Los templos, la Italia entera,
 El Imperio, » luego pica
 A que pregunten é inquietan
 Quién es su padre, ó si es hijo
 De madre menos honesta.
 ¿Pues qué? ¿tú, hijo de Dionisio,
 De Dama ó Siro, atropellas
 A un ciudadano romano,
 Y á Cadmo infame lo entregas,
 Ó precipitarlo mandas?
 —Yo aquí á Novio mi colega
 Tengo un grado más abajo,
 Porque él es lo que ya fuera
 Mi padre.—Bien. Paulo luego,
 Ó Mesala te parezca
 Que eres ya. Mas este Novio,
 Aunque doscientas carretas
 Con tres entierros, á un tiempo
 En la plaza concurrieran,
 Gritará de modo que

Venza cuernos y trompetas.

Esto al menos hace bien.

Pero á mí es razón que vuelva,
 Que hijo soy de un libertino,
 Y dale á la cantinela
 Del hijo del libertino,
 Ahora porque soy, Mecenas,
 Tu contertuliente, y antes
 Porque tribuno en la guerra
 Fuí de una legión romana.
 Pero hay mucha diferencia
 De lo uno al otro: el honor
 Envídienlo enhorabuena,
 No tu amistad; y más cuando
 Te portas con tal cautela
 En admitir las personas
 Sin ambición ni bajaiza.
 Yo no atribuyo al acaso,
 Ni á suerte ó fortuna ciega
 Ser tu amigo. El buen Virgilio,
 Y Varo después, quien yo era
 Te informaron: presentéme,
 Y en breve, pues la vergüenza
 Y el respeto me turbaban;
 No soy, dije con franqueza,
 De ilustres padres nacido,
 Ni á la campaña doy vueltas
 En calabreses caballos.
 Dije; y tú con la modestia
 Que sueles, hablaste poco.
 Pártome, y á tu requesta

A los nueve meses vuelvo:
 Que en el número me tenga
 De tus amigos, me dices.
 Yo tengo á grande honra aquesta
 De haberte agradado á ti
 Que tienes tan justa idea
 De lo honesto y de lo torpe,
 Y alucinar no te dejas
 De imaginaria hidalguía;
 Que el pecho sincero aprecias,
 Y la vida honesta y pura.
 Por lo demás, si á flaquezas
 No graves, expuesto me hallo,
 Y si por lo demás recta,
 En algunas cosas pocas
 Falta mi naturaleza,
 Pequeños lunares que
 Tal vez la belleza aumentan;
 Si una sórdida avaricia,
 Si adulación ó bajeza,
 Ó mal años no habrá quien
 Con verdad me reprehenda;
 Si inocente, si sencillo
 (Bien que en mi alabanza sea)
 Amado de mis amigos
 Me paso una vida quieta,
 Todo lo debo á mi padre
 Que pobre, de una pequeña
 Campaña dueño, no quiso
 De Flavio enviarme á la escuela,
 Donde los niños ilustres

De las familias primeras
 Del lugar, andar solían,
 Bolsón y tabla á la izquierda
 Cargados, y de ocho en ocho
 Meses pagando la cuenta;
 Sino quiso enviarme á Roma
 Para que en ella aprendiera
 Lo que cualquier senador
 Ó caballero quisiera
 Que deprendieran sus hijos,
 Con tal modo y tal decencia,
 Que si alguno en la ciudad
 Cuánto era grande advirtiera
 En mi vestido y mis pajes,
 Creyera que de abolengas
 Entradas eran rezagos
 Aquellos gastos: él era
 De todos mis preceptores
 La guarda más circumspecta.
 ¿Qué más? Supo conservarme
 Puro y libre, que es la prenda
 De la virtud más sublime,
 Aun de la torpe sospecha,
 Y no sólo de acción torpe;
 Ni aun temió que alguien le diera
 En cara, si yo después
 En cortedad y en pobreza
 Pasara de pregonero
 Ó de cobrador de rentas,
 Que era su oficio; por tanto
 Mayor alabanza es fuerza

Que se deba á su conducta,
 Y que yo más lo agradezca.
 Jamás estando en mi juicio
 Será bien que me arrepienta
 De tal padre, y que como otros
 Con la excusa me defienda
 De que no fué culpa mía
 No ser de otra descendencia,
 Ni tener padres mejores.
 De todos estos diversa-
 Mente yo pienso y me explico,
 Porque si posible fuera,
 Al cabo de algunos años
 Nacer á una vida nueva,
 Y escogerse cada uno
 Los padres según su idea
 Para el fausto, con los míos
 Me quedara, y no escogiera
 Otros cargados de hieles
 Cuanto de honor y nobleza.
 Necio según piensa el vulgo,
 Mas según tú acaso piensas,
 Cuerdo en rehusar una carga
 Muy pesada y muy molesta
 A hombros desacostumbrados,
 Pues desde luego era fuerza
 Más renta, muchas visitas;
 Y si acasoirme quisiera
 A la campaña ó viajar,
 Esta compañía y aquella,
 Que andar solo no es decoro:

Eran menester calesas,
 Mantener caballos, mozos:
 Ahora, siempre que quiera,
 Hasta Tarento puedo ir
 En corto mulo que apenas
 Cargue al jinete en la espalda,
 Y en las ancas la maleta.
 Ninguno como á ti, Tulio,
 Podrá imputarme bajezas,
 Cuando vas muy de pretor
 Por la Tiburtina senda,
 Y van cinco cargadores
 El bacín y la frasquera
 Llevando en tu seguimiento.
 Yo más cómoda y más quieta
 Que tú, senador ilustre,
 Y que otros de tu ralea
 Paso la vida: voy solo
 Por cualquiera callejuela;
 Si se me antoja, pregunto
 Qué vale el farro ó las yerbas;
 Ya por el Circo embustero
 Doy ocioso algunas vueltas,
 Ó más tarde por la plaza:
 Asisto con reverencia
 A las santas ceremonias;
 Voime á casa y á una cena
 De puerros y de legumbres,
 De garbanzos y otras yerbas;
 Tres criados tengo conmigo,
 Que me sirven á la mesa:

Dos vasos y una redoma
 Sostiene una blanca piedra,
 Una grosera albornoia
 Y un pichel con su bandeja;
 Toda loza de Campania:
 Al lecho me voy sin pena
 De pensar en levantarme
 Muy temprano, porque tenga
 Que ir á visitar la estatua
 De Marsias, que no se deja
 Ver sino con grandes costos
 De los Novios: las cubiertas
 Dejo á la cuarta hora y salgo
 A las forzadas haciendas;
 Ó bien leo, ó bien escribo
 Lo que á solas me divierta.
 Después con aceite me unto,
 No como se le moteja
 Al avariento de Nata,
 Del que en el candil le queda.
 Cuando ya el sol más activo
 La hora del baño me acuerda,
 Huir procuro la estación
 De la canícula horrenda.
 Cómo sin ansia lo que
 Basta para que no tenga
 El estómago vacío.
 Descanso en mi casa: aquesta
 Es la vida de quien libre
 De ambición y de soberbia
 Se halla: así me lisonjeo

Pasármela más contenta,
 Que si mi padre cuestor,
 Ó mis bisabuelos fueran.

SÁTIRA NOVENA DEL LIBRO PRIMERO.

Iba por la Vía Sacra
 En no sé qué bagatelas,
 Como suelo, meditando,
 Todo embebecido en ellas;
 Cuando uno á quien no conozco
 Sino de nombre, me encuentra,
 Y asiéndome de la mano,
 —Adiós ¿cómo estás, mi perla?
 —Por ahora bien, digo, y quiero
 Para ti cuanto deseas.—
 Como vi que me seguía,
 —¿Algo en que servirte pueda
 Mandas?—digo, y él entonces:
 —¿Conócesme? Soy á letras
 Grandemente aficionado.—
 Aquí yo: Por esa prenda
 Tanto más te estimaré.—
 Triste de mí, en mil maneras
 Buscando cómo escapar,
 Ya camino muy de priesa,
 Ya me paro, ya al lacayo
 Digo no sé qué á la oreja,
 Y sudando de congoja
 De los pies á la cabeza,